

# El Museo Nacional de Antropología y su historia

*Felipe Solís*

Construido en el Bosque de Chapultepec, el 17 de septiembre de 1964 fue inaugurado en ceremonia solemne el nuevo Museo Nacional de Antropología, por el presidente Adolfo López Mateos y una comitiva oficial en la que destacaban Jaime Torres Bodet, secretario de Educación, el Dr. Ignacio Bernal, director de la institución, Ignacio Marquina, encargado de coordinar los trabajos para el nuevo Museo y Pedro Ramírez Vázquez, autor y coordinador del proyecto arquitectónico. Con este acto inaugural se cumplían finalmente los anhelos de varias generaciones de arqueólogos, antropólogos y otros estudiosos de las ciencias sociales, quienes desde finales del siglo xix lucharon denodadamente por la creación de un espacio museográfico, digno de albergar a las importantes colecciones antropológicas de México.

Los antecedentes de este nuevo museo se remontan al primero que fue creado en el país, antes de que alcanzáramos la Independencia nacional. El motivo para la fundación de ese primer espacio fue el descubrimiento, en 1790, de los dos famosos monolitos: la Coatlicue y la Piedra del Sol, lo que motivó que el virrey conde de Revillagigedo, enviara la primera de estas esculturas a la Universidad Real y Pontificia, ubicada frente a la Plaza del Volador, al sur del palacio virreinal, suceso que dio surgimiento al Museo de la Universidad. Con el descubrimiento de la Coatlicue —el 13 de agosto de aquel año, y la acertada decisión del virrey de enviar tan importante hallazgo para su resguardo al patio de la antigua Universidad—, nació la tradición mexicana hacia la protección de su patrimonio cultural. La Piedra del Sol tuvo un destino diferente, al ser colocada a la vista del público en la base de la torre suroeste de la Catedral Metropolitana; con este acto se inició otra de nuestras tradiciones culturales: exhibir a propios y extraños los tesoros de nuestra arqueología.

Continuando con la historia de aquel primer museo ubicado en la Universidad, hemos de decir que fue el repositorio de los constantes hallazgos arqueológicos ocurridos en el valle y la Ciudad de México, consistentes fundamentalmente de esculturas en piedra, vasijas y figurillas, y no fue sino hasta 1825 cuando el primer presidente de Mé-



Autor no identificado, *Piedra del Sol*, ca. 1890. Col. AFSD-BNAH



Album de Leopoldo Batres, *Vaso con tapadera y máscara, civilización Toltecatl, ca. 1900*. Col. AISD-BNAH  
 Abajo: Hugo Brehme, *México pintoresco, 1923*. Col. biblioteca particular

xico, don Guadalupe Victoria, dio el decreto con el cual se creó el Museo Nacional, que permitió reunir en esta misma institución carruajes, cuadros, documentos, banderas, etcétera, que testimoniaban el pasado reciente de México; de esta manera, y al igual que en muchos otros museos de su tiempo alrededor del mundo, el naciente recinto colectó, además de piezas arqueológicas, objetos de la historia natural y testimonios de la historia nacional.

Debido a la supresión de la Universidad y las necesidades de un nuevo espacio para los objetos de nuestra historia, Maximiliano de Habsburgo ordenó, en 1865, el cambio del local del Museo, otorgándole para su funcionamiento la antigua sede de la Casa de

Moneda, donde, en la época colonial se fundían los metales preciosos y se troquelaban los dineros. El edificio era un hermoso palacio colonial de la época de Felipe V, ubicado en el gran cuadrante de construcciones unidas al Palacio Nacional —en el actual Centro Histórico de la Ciudad de México—. Ahí fueron trasladados los grandes monolitos que se colocaron en el patio, tal y como se pue-

de apreciar en el óleo que pintara el artista Cleofas Almanza —el cual por fortuna todavía se conserva en la Dirección del Museo Nacional de Antropología—, mientras que en diversos salones se dispusieron, de acuerdo con el conocimiento de aquel tiempo, las colecciones de arqueología, geología, zoología, etcétera, y los muebles y documentos de la época colonial y del periodo de la revolución de Independencia.

Fue aquel antiguo Museo un sitio fecundo

para el desarrollo del conocimiento de las antiguas culturas mexicanas y del estudio de la historia del país; ahí se formaron algunos de los investigadores más notables de su tiempo. En ese ambiente



propicio para la apreciación del antiguo mundo indígena, se llevó a cabo el más importante acontecimiento de carácter museístico del siglo XIX: la inauguración, por el propio presidente Porfirio Díaz, del Salón de los Monolitos, en 1887, previo a la cual se había trasladado la Piedra del Sol de su anterior espacio de exhibición al aire libre en la base



Autor no identificado, *Xicaca, Diosa del Agua* (Tlaloc, Coatlinchán, Edo. de México), ca. 1890. Col. AFSD-BNAH

de la torre de la Catedral, para su protección en este nuevo recinto.

El Salón de los Monolitos era el aposento de mayores dimensiones de aquel edificio virreinal, donde alguna vez se fundió el oro y la plata de los dineros novohispanos. Los monumentos escultóricos —mudos testimonios de las diversas culturas nativas del país— se colocaron sin mayor orden o secuencia cronológica. En el centro de la sala, lucía imponente la Piedra del Sol, que desde entonces se convertiría en el símbolo del México indígena prehispánico, mientras que hacia el sector poniente se ubicó la monumental escultura de la diosa Chalchiutlicue, procedente de Teotihuacan, y en la parte oriente la gran Coatlicue.

Durante las primeras décadas del siglo xx, con el desarrollo y los avances científicos logrados por la antropología y la arqueología, se afinaron las cronologías que permitieron ubicar en el tiempo y el espacio a las diversas culturas aborígenes, así también se definieron criterios académicos para mostrar adecuadamente los más selectos testimonios culturales y artísticos de los pueblos prehispánicos; de tal manera, para mediados de esta centuria, el Museo Nacional de Antropología—que continuaba en su sede de la calle de la Moneda, del que se habían separado con anterioridad las colecciones de la

historia natural, así como las de la historia nacional, con las que constituyeron el Museo del Chopo y el del Castillo de Chapultepec— continuaba exhibiendo con mucha dignidad sus colecciones arqueológicas y etnográficas, pero no contaba con los espacios adecuados.

Este fue uno de los motivos principales que motivó la constante demanda de un nuevo edificio para la presentación de un discurso científico, acorde a los avances del conocimiento, que permitiera a la antropología mexicana mostrar al propio país y al mundo la trascendencia de nuestra herencia indígena, parte medular de nuestra nacionalidad.

Como ya mencionamos líneas atrás, la dirección del proyecto arquitectónico corrió a cargo de Pedro Ramírez Vázquez y su grupo, y en los guiones museográficos participaron la mayoría de los académicos y especialistas en antropología de aquel momento. El moderno edificio del Museo Nacional de Antropología tuvo como propósito mostrar —con todos los avances técnicos y museológicos de su tiempo— el origen, evolución y aportaciones de las culturas prehispánicas, así como también las formas de vida y cultura de los grupos indígenas de México.

Este Museo del Bosque de Chapultepec es una de las estructuras arquitectónicas más importantes



Cannon Bernáldez, *Patio de Museo Nacional de Antropología*, 2001.

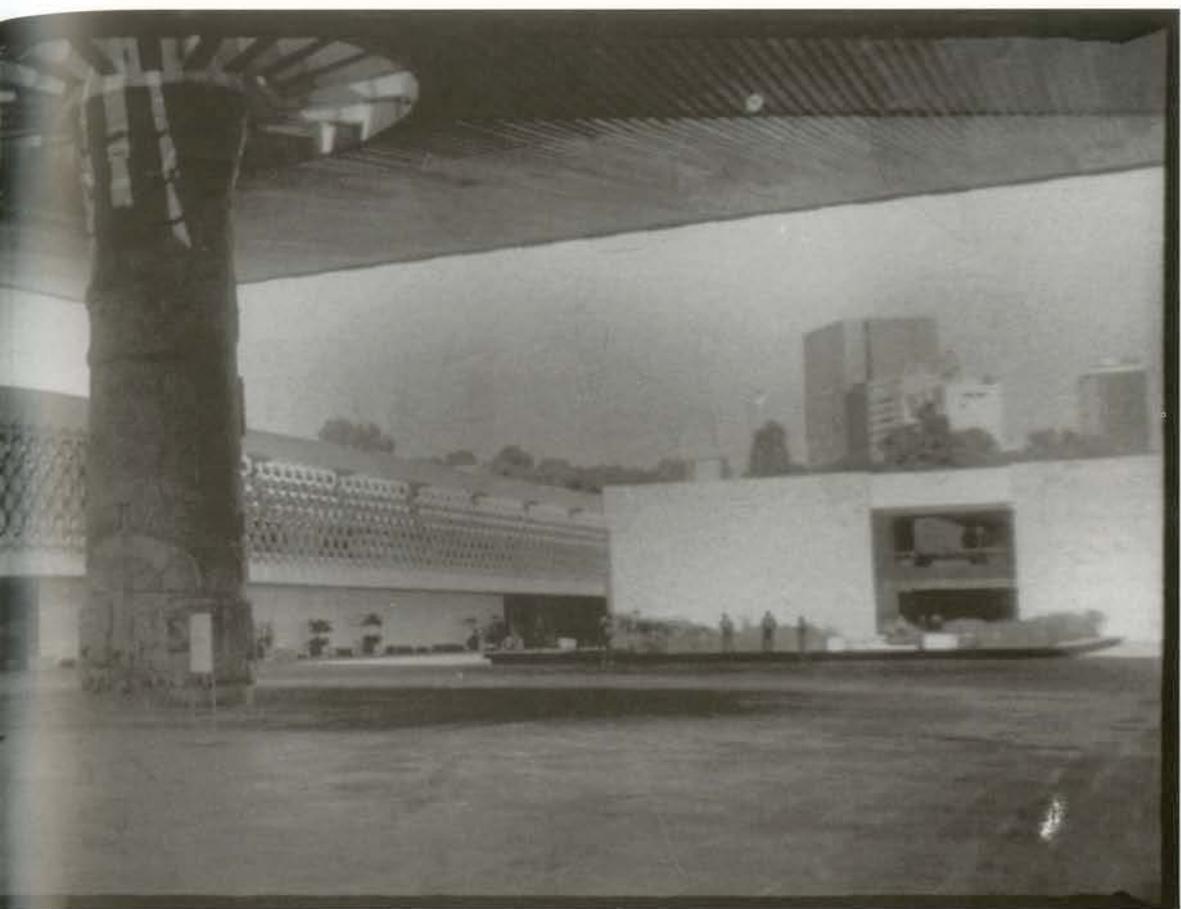
con que cuenta nuestra ciudad. La solemnidad del caso lo requería así, y lo primero que el visitante tiene ante sus ojos es la soberbia fachada, cubierta por mármoles blancos, en la que destaca solitario nuestro escudo nacional —el águila parada sobre el nopal, devorando la serpiente—. Esta imagen simboliza el principio de la historia de la nación mexicana; así, el México moderno asume sus raíces indígenas.

Al traspasar el vestíbulo nos encontramos ante un imponente espacio, remembranza y evocación de las plazas prehispánicas, que en su primera sección está cubierto con el famoso paraguas, el techo volado de la gran fuente en cuya columna central, con relieves de José Chávez Morado, se representa el pasado de México y su destino deseado: alcanzar niveles de desarrollo científico y cultural acordes con su vocación pacífica.

Hay que destacar que, tras largos años de investigación y preparación para materializar este proyecto

museístico, el director de la obra, junto con su equipo de arquitectos, museógrafos e investigadores y varios cientos de obreros y albañiles, lograron en 18 meses de trabajo efectivo levantar esta magnífica construcción que cubre 45 000 metros cuadrados, que aún hoy día sigue siendo una de las instalaciones museográficas mejor logradas en el mundo. Las salas de exhibición rodean un amplio y hermoso patio, donde el visitante se encuentra con un gran espejo de agua y el imponente paraguas que lo cobija.

Las culturas prehispánicas ocuparon la planta baja de la institución, en doce salas, que iniciaban con dos recintos de carácter introductorio: la sala Introducción a la Antropología y la de Mesoamérica; a continuación se ubicó la sala de Orígenes, dedicada a mostrar la prehistoria del país; le seguirían en secuencia evolutiva y cronológica las salas del Preclásico, Teotihuacan y Tolteca, que muestran las diversas etapas del desarro-



llo de las culturas que vivieron en el Altiplano central mexicano antes de los mexicas, cuya sala se ubica en el centro del Museo. A continuación están las otras cinco salas, donde el visitante aprecia los testimonios artísticos y culturales de los habitantes de las otras regiones mesoamericanas: las salas de Oaxaca, de las culturas del Golfo, Maya, Norte y Occidente de México.

La planta alta dedicó sus once salas a exhibir la cultura de los grupos indígenas contemporáneos de mayor presencia nacional: la de Introducción a la Etnografía; Coras y Huicholes; Purépechas; Otomíes; Sierra Norte de Puebla; Oaxaca; Huastecos y Totonacos; Mayas de las Tierras Altas y Bajas y grupos del Noroeste, y concluía con el recinto del indigenismo mexicano, que se transformó, años más tarde en la sala Nahua.

Desde 1998 a la fecha, se lleva a cabo en el Museo el programa de actualización y modernización del contenido y la información de sus salas de exhibi-

ción con el proyecto de reestructuración, el cual está en vías de concluirse, y en sus dos etapas ya inauguradas se han abierto al público diecisiete salas, totalmente renovadas, destacando el cambio y vocación de aquellos recintos dedicados a introducir al visitante en el Museo. Nos referimos a la sala de las Culturas Indígenas de México, la sala de Introducción a la Antropología y la de Poblamiento Americano, que renuevan los conocimientos que permiten iniciarse en el mundo precolombino, y la sala de Pueblos Indios, que sustituyen brillantemente al antiguo recinto que introducía al público en la ciencia etnográfica.

Con este nuevo Museo, cuya renovación y actualización lo coloca nuevamente entre las más importantes instituciones museográficas del mundo, México entra de manera triunfal en el siglo XXI, sustentando con voz regia la necesidad de proteger, estudiar y difundir nuestro patrimonio cultural frente a todos los países del mundo.